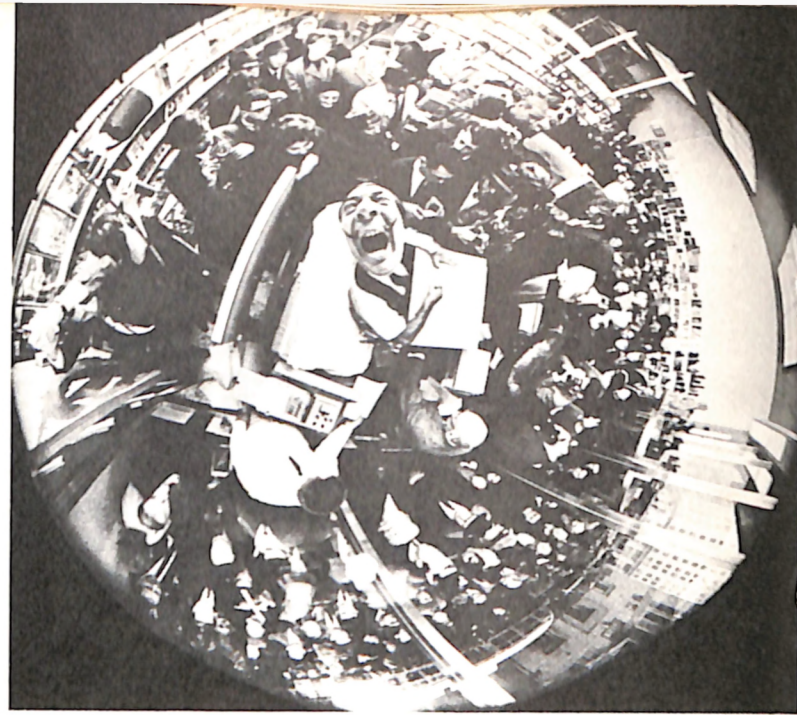


No efectúa descubrimientos asombrosos. Allí van a parar las hipótesis viejas cuando han cumplido lo mejor de su misión, cuando probablemente morirían si se las dejase fuera de las murallas. Y no solo vienen de allí dogmas y decretos, sino que llegan acompañados de lo que acaso sea mucho más peligroso, es decir, de todas las presunciones que se hallan profusamente en colegios, oficinas periodísticas, sociedades, bares y alcobas donde los maridos dicen a sus esposas que no sean caprichosas y tontas.

Desde esa Fortaleza es desde donde se ha controlado nuestro clima de opinión. Científicos más grandes, laborando en lejanos puestos de investigación avanzada, están demasiado ocupados, demasiado profundamente interesados por lo que están haciendo, y probablemente tienen una mentalidad demasiado abierta para trabajar en este aparejo climático. Además, hacen escaso reclutamiento, salvo el necesario para sus propósitos inmediatos. En cambio, todas las semanas millares de reclutas juran bandera blanquinegra. Muchos de ellos vienen ahora no de las ciencias exactas, sino de la antropología, la arqueología, la psicología, la sociología. Invaden la Fortaleza, impacientes por dedicarse a medir, pesar, elaborar gráficos y estadísticas, resueltos a no sentar nunca una afirmación que no esté sostenida por las cifras del laboratorio. Insisten en ser más científicos que sus colegas de las ciencias exactas. No más absurdos respecto a los estudios humanos, con sabor de arte en ellos; no más adivinanzas e intuiciones. ¡Todo en el laboratorio! Todo lo que sea posible medir, se mide, y lo que no se pueda medir, merece ser ignorado.

No es mera mofa. Ciertas clases de experiencias, por ejemplo, no pueden ser científicamente probadas, aunque solo sea por el hecho de que no pueden sobrevivir a las condiciones de semejante prueba. Así, podemos creer en la telepatía, pero eso no significa que estemos dispuestos a concertar una cita en el laboratorio del Departamento de Psicología para demostrarlo. Y, aunque no podemos ser telepáticos a una voz de mando, eso no significa que hayamos sido embaucados por algunas coincidencias. Y es inútil que el positivista nos diga que estamos haciendo declaraciones sin sentido, porque lo que carece de sentido para él puede ser profundamente significativo para nosotros, y, después de todo, nuestra vida real está dentro de nosotros, no dentro de él. El peligro de este criterio



que todo lo remite a la demostración en el laboratorio, radica en que estimula la suposición de que todo lo que no puede probarse por métodos científicos—enamorarse, por ejemplo—es irreal.

Este peligro (pero a la inversa, por así decir, a saber: confundir lo irreal por lo real) acecha a toda dependencia excesiva del método estadístico. Puede olvidarse fácilmente que la media a que se ha llegado pertenece a su propio mundo de cifras y no a la realidad. No hay ningún ciudadano de Coketown que mida 1,69 metros de estatura, pese 67,857 kilogramos, esté casado con una mujer que mida 1,60 metros de estatura, pese 57,311 kilogramos, tenga 2,5 hijos y gane 958 libras esterlinas anuales. No digo que tales estadísticas sean inútiles—aunque pueda creer secretamente que se gasta en ellas demasiado tiempo, molestias y dinero—; pero lo que sí digo es que no deben ser confundidas con una aproximación cada vez más estrecha a las gentes reales del mundo real. Como dice Jung: «El cuadro real no se compone sino de excepciones a la regla», y así «la realidad Absoluta tiene predominantemente carácter de *irregularidad*».

El problema consiste en que el método estadístico está respaldado por el inmenso prestigio de las ciencias exactas. Y ahora los que trabajan en otros campos, pertenecientes a lo que, en el mejor de los casos, son ciencias inexactas, deseando obtener subvenciones para la investigación y la aprobación de distinguidos científicos de más edad, anhelando también estar en el movimiento y que no se mofe de ellos ningún veterano de casino, toman prestado todo lo que pueden de este prestigio, imitando los métodos de las ciencias exactas. Con el irónico



A la izquierda, el artista surrealista Salvador Dalí (en una fotografía deformada). Arriba, una escena de *Los negros*, comedia de Jean Genet, perteneciente al llamado «teatro del Absurdo». A la derecha, joven artista japonés «beatnik». La excentricidad del arte de vanguardia puede ser una reacción contra lo vacío de la vida moderna y una idea restrictiva del Tiempo.



resultado de que, muy a menudo, son de criterio más estrecho y de mentalidad menos flexible y abierta que los investigadores más jóvenes y avanzados en las ciencias exactas. Con el nuevo y aun más irónico resultado de que electrones, protones y neutrones parecen disfrutar de más libertad que nosotros.

Puede parecer que hemos vagado demasiado lejos del Tiempo, pero ya estamos de vuelta. Mucho de este nuevo experimentar en el campo de la psicología está relacionado con uno u otro aspecto del Tiempo. Así, tengo ante mí la exposición de Gustav Jahoda, reimpresión de la *Educational Review*, respecto a los resultados de innumerables experimentos para descubrir el desarrollo del sentido del Tiempo y la Historia en los niños. El autor de este admirable ensayo sobre «Conceptos de los Niños», a quien estoy agradecido, declara en una carta que, aunque sin compartir mis puntos de vista en general, está plenamente de acuerdo conmigo en que el Tiempo «es muchísimo más complejo de lo que se imagina la mayoría de la gente». Pero creo que aquí se refiere a la dificultad que tienen los niños para comprender plenamente nuestro concepto del Tiempo y darse cuenta de sus diversas implicaciones. Lo que Gustav Jahoda no quiere significar es que este concepto mismo pueda ser inadecuado, y que la realidad de la cual se ha extraído pueda ser, ciertamente, «muchísimo más compleja de lo que se imagina la mayoría de la gente...», cuestión muy diferente. En otras palabras, su postura está tomada de muy dentro de la Fortaleza con la bandera blanquinegra.

Hay numerosas referencias a teorías y expe-

rimentos psicológicos y neuropsicológicos en los capítulos sobre el Tiempo Individual, en la obra de G. J. Whitrow, titulada *Natural Philosophy of Time [Filosofía natural del tiempo]*, excelente y abarcador estudio dentro de los límites que se fija a sí mismo. Es el mejor libro de su clase que conozco. Es una obra de la Fortaleza, pero tan honesta como concienzuda. Es digno de leerse el siguiente párrafo, que corona el capítulo sobre el *Tiempo y la fisiología de la memoria*, no solo porque dice algo importante, sino porque es buen ejemplo de la fraseología y los modos de la Fortaleza:

En el estado actual del conocimiento estamos obligados, por tanto, a concluir que, aunque los reflejos automáticos y condicionados puedan ser circuitos de regeneración puramente «mecanicistas», y aunque los recuerdos inmediatos puedan mantenerse también mediante procesos análogos a la circulación dinámica de la memoria en grandes computadores, ninguna de las numerosas e ingeniosas teorías ideadas hasta ahora ha conseguido demostrar cómo puede explicarse nuestra capacidad de memoria a largo plazo en términos mecánicos o químicos.

Desde luego, hay aquí algo muy extraño. El cerebro registra y archiva cuanto ha observado. Hasta las tropas de choque de la bandera blanquinegra admiten esto, ya que el experimento, bien mediante la hipnosis, bien mediante el estímulo con electrodos, ha demostrado la veracidad de ello. Sin aviso, los archivos se abren y puede producirse un recuerdo total, momento tras momento.

He conocido uno de estos casos, sin hipnotismo ni estímulo eléctrico del cerebro, cuando aparentemente el responsable del truco fue el alcohol. Una noche regresé tarde a un hotel, y allí un hombre, embriagado, pero muy lejos